

TROCADERO

El milagro de las rosas

JUAN VELLIDO

CRECIERON rosas en invierno en un lugar en el que nunca las hubo, en una loma donde apenas florecían arbustos y matorrales; el hecho ocurrió como prueba de las apariciones de la Virgen de Guadalupe, en México. Así dice la leyenda del milagro de las rosas, en que se relata cómo la Virgen María en su advocación de la Virgen de Guadalupe se apareció en diciembre de 1531, en el cerro del Tepeyac, a Juan Diego Cuauhtlatzín, quien siglos más tarde, ya en 2002, sería canonizado santo indígena mexicano por Juan Pablo II.

Según la tradición mexicana, el converso Juan Diego, un indígena macehual, fue el elegido para oír el canto del pájaro tzinitzcan que anunciaba la aparición de la virgen. Sucedió al alba del 9 de diciembre de 1531 en el cerro del Tepeyac, al norte de la ciudad de México. Luego ocurriría sucesivamente otras tres veces durante otros tantos días. La aparecida hizo saber a Juan Diego que debería decir al obispo fray Juan de Zumárraga que en aquel cerro del Tepeyac habría de edificar un templo de culto cristiano.

Pero Zumárraga, incrédulo, pidió al indígena que aportara una prueba de la verdad de los hechos que narraba. Y éste preguntó a su aparecida qué prueba llevaría al obispo. Fue así como la Virgen de Guadalupe solicitó a Juan Diego que acudiera al cerro y cortara las rosas que inverosimilmente allí habían crecido, y se las llevara al prelado como prueba del milagro de la virgen.

Así lo hizo el indígena Juan Diego Cuauhtlatzín: llegó al cerro y encontró las rosas que habían crecido en invierno en un lugar donde nunca las hubo. Las cortó y las sostuvo en su ayate —una suerte de saya o poncho mexicano— y de esa manera las llevó al obispo Zumárraga. Y ocurrió que, aquel frío invierno, al mostrar las rosas al obispo, la virgen se dejó ver impresa como apareció en la tela rala de fibra de maguey del ayate de Juan Diego.

Todo eso cuenta la leyenda del milagro de las rosas. Y así ha quedado escrito y así se ha extendido en la tradición religiosa mexicana, toda vez que Juan de Zumárraga ordenara la construcción de un templo, tal y como le había sido indicado.

El santuario dedicado a la Virgen de Guadalupe, en el cerro del Tepeyac fue, acaso, el origen no sólo de la gran leyenda, sino del más importante recinto católico de América y quizá de uno de los más visitados del mundo.

Si un milagro es un hecho no explicable por las leyes naturales, que además se atribuye a intervención natural de origen divino —fuera, pues, del alcance racional del ser humano—, no deja de ser meritorio el



hecho de que tras la leyenda del Milagro de las rosas, es decir, de las apariciones sucedidas en México hace casi quinientos años, la cultura mexicana —no únicamente como conjunto de hábitos, de costumbres y de conocimientos, sino también como grado de desarrollo artístico— se haya desenvuelto desde entonces alrededor de este hecho calificado por los creyentes como milagroso, pues al margen del crédito que cada cual otorga a estas leyendas populares, y con independencia de las abrumadoras contradicciones que este fantástico milagro comporta, lo cierto es que la cultura mexicana describe un nuevo rumbo a partir de este relato legendario.

Un cuantioso e importante conjunto de pinturas sobre la Virgen de Guadalupe procedentes del virreinato de la Nueva España fueron traídas a España durante los siglos XVII y XVIII y encontraron destino en domicilios particulares, iglesias y conventos, según la investigadora de la Universidad de Granada Patricia Barea Azcón, autora de numerosos estudios artísticos, entre los que destaca 'La iconografía de la virgen de Guadalupe de México en España'.

Afirma la investigadora granadina, refiriéndose a la trascendencia de la leyenda milagrosa: «Ilustres escritores difundieron su carácter milagroso y genuinamen-

te novohispano. El teólogo Miguel Sánchez contaba por primera vez la historia de las apariciones como un hecho profético de connotaciones nacionalistas. El Padre Luis Lasso de la Vega escribió una especie de manual de historia guadalupana dedicado a los indios. Otros fueron el jesuita Francisco de Florencia o el presbítero Cayetano Cabrera y Quintero, quien defendió la idea del autorretrato mariano. Uno de los argumentos más empleados para exaltar la naturaleza divina del ayate era la belleza de la imagen. Su carácter milagroso —prosigue Patricia Barea— suscitó polémica desde el principio. Uno de los acontecimientos más relevantes tuvo lugar el 20 de marzo de 1666, cuando un grupo formado por anticuarios, pintores y médicos la examinaron llegando a la conclusión de que no podía proceder de mano humana. El pintor Miguel Cabrera publicó en 1756 un opúsculo en el que aportaba alegatos estéticos para acreditar su perfección y difundió su naturaleza celestial. La Virgen de Guadalupe quedó acuñada de forma invariable, tal y como aparecía estampada en el ayate: sobre un cúmulo de nubes, con corona y rodeada de rayos solares. Viste túnica rosa y un manto azul decorado con estrellas que le cubre la cabeza. Se apoya sobre

la luna en cuarto creciente, sostenida por un ángel con las alas de color rojo, azul y amarillo. Su rasgo más distintivo es la piel morena como la de los indios, pero tiene facciones europeas».

Afirma, y documenta la investigadora de la UGR, cómo la tipología iconográfica de la Virgen de Guadalupe deriva de la Inmaculada Concepción, y cómo la imagen impresa en el ayate de Juan Diego «dio lugar a centenares de obras pictóricas en las que lo único que variaba eran los elementos que las acompañaban». Y explica Patricia Barea cómo muchas pinturas fueron exportadas al extranjero, especialmente a España, hasta el punto de encontrarse ejemplares en casi todas las provincias españolas.

En su prolijo y riguroso estudio sobre las muestras de iconografía guadalupana situadas en España, la investigadora granadina da cuenta de las 'fieles copias del original', de los grupos de representación de las escenas de las apariciones, o de las iconografías alternativas. Cientos de obras de arte, en fin, que representan una leyenda surgida en México hace casi quinientos años. Y que han determinado el rumbo de la pintura mexicana de una época, y acaso de una sociedad que convirtió en patrona nacional a la virgen del Milagro de las rosas.



PUERTA REAL

M^a. DOLORES F.-FIGURES

Espíritu olímpico

AHORA sí que estamos metidos de lleno en las pruebas olímpicas, con esos horarios tan raros, capaces de sacar de la cama en horas intempestivas a los más impacientes, como mi pequeño amigo Mario, que pone el despertador a las tres de la mañana, ante el asombro de sus padres. No es por llevar la contraria pero, como soy algo así como una romántica, no puedo evitar acordarme estos días del redescubridor del espíritu olímpico, el barón de Coubertin, que sacó del olvido aquellas míticas olimpiadas que servían a los griegos para muchas cosas, muy diferentes del uso que damos hoy al deporte, tan irremisiblemente convertido en espectáculo. Y me pregunto qué diría el visionario si pudiera contemplar los juegos tal como son ahora, tan desmesurados en casi todo. Qué comentario le suscitaría que Rusia haya aprovechado la oportunidad para atacar a Georgia, por citar el ejemplo más chocante, aparte de otros muchos.

El Barón, historiador y pedagogo francés, Pierre de Fredy era su nombre, lanzó la idea en un manifiesto que leyó en la universidad de la Sorbona en 1892, cuando contaba apenas 29 años. Precisamente este año se ha recuperado el referido manifiesto, gracias a las gestiones de otro aristócrata, François d'Amat, que encontró el manuscrito original en un banco suizo, después de buscarlo por todo el mundo. Son 14 páginas de apasionada definición del espíritu olímpico, aplicado no solo al deporte, sino a la vida, con sus valores de espíritu de aventura, respeto mutuo, competición pacífica y paz mundial. El Comité olímpico chino se ha comprometido muy seriamente con la difusión de este manifiesto en todas las lenguas por su innegable valor histórico y para aprovechar la oportunidad de manifestar que los ideales de convivencia y libertad encuentran en la práctica del deporte un terreno abonado para la formación del carácter de la ciudadanía. Al menos eso dijeron hace algunos meses, cuando lo presentaron ante el mundo.

No deja de ser irónico que aparezca ahora el viejo texto, escrito por un apasionado idealista, que soñaba con un mundo mejor. Me atrevo a aventurar que el barón de Coubertin, para quien el deporte era, a la manera clásica, un medio de educación y de formación de los jóvenes por encima de todo, no estaría de acuerdo con la deriva que ha ido tomando el espíritu olímpico, más relacionado con los negocios y el dinero, con el prestigio político y el orgullo prepotente. Se escandalizaría sin duda, al conocer las cifras que cobran los deportistas profesionales dedicados al espectáculo, frente al esfuerzo de los aficionados, que entrenan en circunstancias difíciles y muchas veces precarias. Buscaría valores, el buen ejemplo en la conducta de los protagonistas de las pruebas y comprobaría que los comentaristas apenas si se refieren a ellos, y nos presentan a personas casi convertidas en máquinas, en lucha permanente contra el crono, anotando las décimas de segundos que les arrebatan las medallas. 'Citius, altius, fortius' (Más rápido, más alto, más fuerte) fue el tema que un dominicano amigo le preparó al Barón para sus olimpiadas. No se imaginaria el noble francés hasta qué punto se lo tomarían en serio las generaciones y no tanto el otro lema, menos competitivo, más humano: 'lo importante es participar'.

LA central nuclear de Ascó afronta una dura sanción propuesta por el controlador estatal a causa de sus inquietantes dejaciones en materia de seguridad. En concreto, tardó meses en informar de una fuga de material radioactivo. En realidad, estos incidentes son demasiado frecuentes en nuestro país, y aunque en la mayoría de los casos no representan un verdadero riesgo para las personas, es claro que contribuyen decisivamente a la mala ima-

Error eléctrico

PEDRO VILLALAR

gen de la energía nuclear, a la que inevitablemente tendremos que apelar, mal que nos pese, para paliar la exagerada dependencia energética exterior y la escasez de combustibles fósiles si no queremos renunciar a

mantener nuestro nivel de vida. Se entiende mal (o, mejor aún, no se entiende en absoluto) por tanto que las compañías eléctricas, propietarias de las centrales, cuiden tan mal la proyección pública de la energía nuclear, cuando es patente que no podrán ampliar su negocio si la sociedad no acaba transigiendo con una fuente energética que goza de tan mala prensa. Ni sus peores enemigos idearían una campaña tan eficaz contra las compañías eléctricas en este asunto.